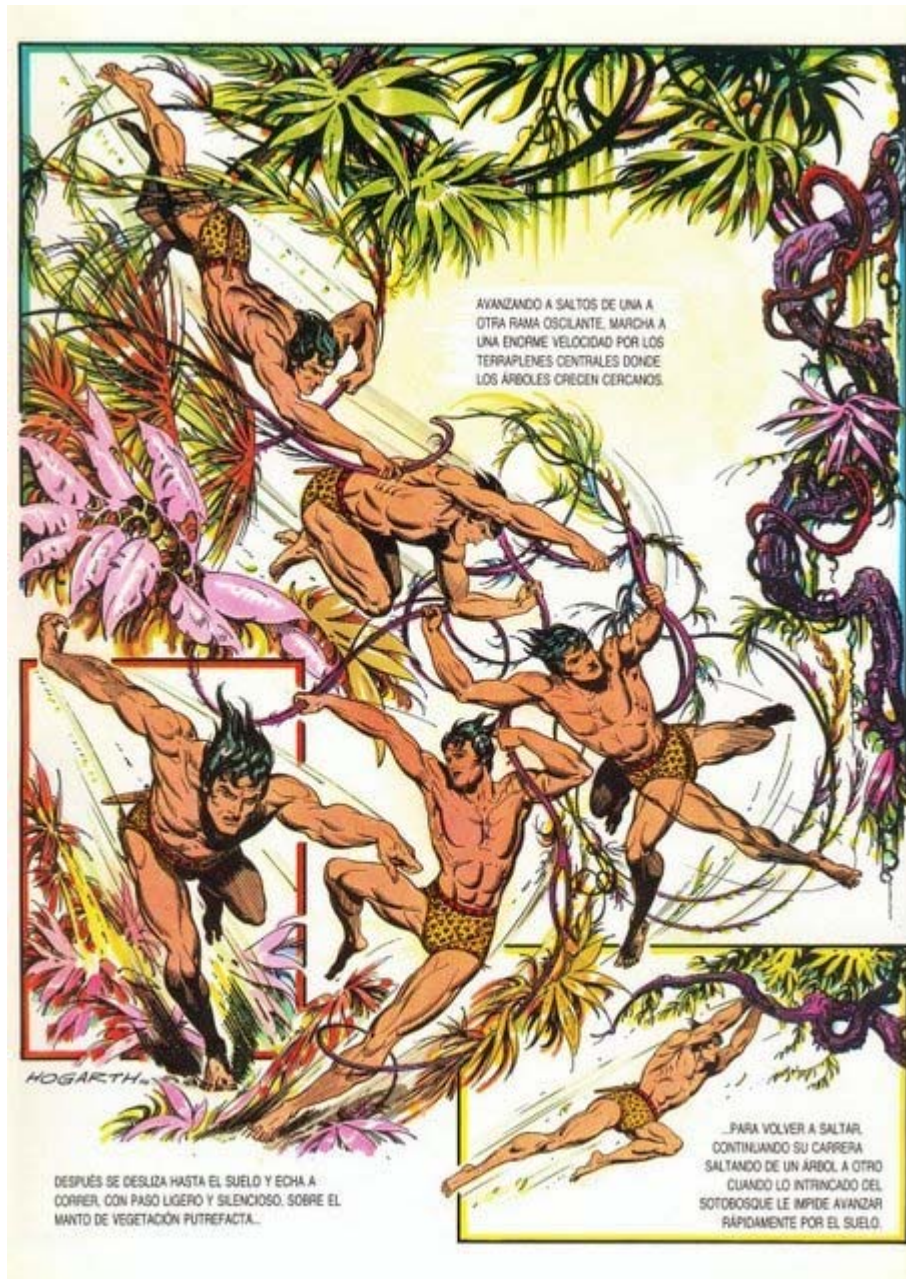


# Leer “Las aventuras”

Por Fernando Vásquez Rodríguez



Mi primer contacto con la aventura fue a través del papel periódico. Era el día domingo, cuando mi padre traía del pueblo, del pueblo de San Juan de Rioseco, las “Aventuras” de *El Tiempo*. Allí, en esas páginas de tamaño

tabloide, aún sin saber decodificar, mis ojos leían los colores, las formas, las figuras de *Tarzán de los monos* (dibujados, hoy lo sé, por Burne Hogarth), de *El fantasma que camina...* Y cuenta mi madre que yo, acurrucado en una de las esquinas del patio de cemento de la gran casa de “La laguna”, seguía con mis pequeños dedos cada una de las viñetas y que pronunciaba en un lenguaje extraño la presunta historia que allí se contaba... Es probable que eso ya haga parte de mi propia fábula pero, en ese relato, entreveo una serie de aspectos que bien pueden servirnos de motivo para comprender mejor el sentido de lo que es la aventura y su importancia para la narración.

Un primer aspecto que me llama la atención está referido a que dichas “Aventuras”, quizá por una extraña coincidencia etimológica, llegaban o eran esperadas el día domingo. Venían en una bolsa aparte del costal en donde mi viejo traía el mercado; en una mochila, al lado de los roscones o el pan para la semana. Y continuando con la etimología, esas “Aventuras” provenían del afuera, del pueblo; y tampoco se las veía todos los días. Sólo llegaban el domingo; sólo ese día sacaban sus colores vistosos, sus mundos maravillosos de selvas y cuevas de pigmeos, de piratas y tribus lejanísimas. Además, en el mismo periódico, ocupaban un sitio aparte. Ellas constituían un reino, un mundo autónomo por su formato, por la abundancia de color, por el tipo de letra, que las hacían resaltar del resto del periódico. Digamos que al lado de lo negro y blanco, las aventuras descollaban por sus rojos y amarillos, por ciertos verdes, azules y naranjas. La aventura, según se puede apreciar, es de por sí una ruptura con lo cotidiano; es una fractura a lo común. Las aventuras irrumpen, prorrumpen, rompen con cierto paisaje al cual estamos habituados o al menos que ya nos parece familiar.

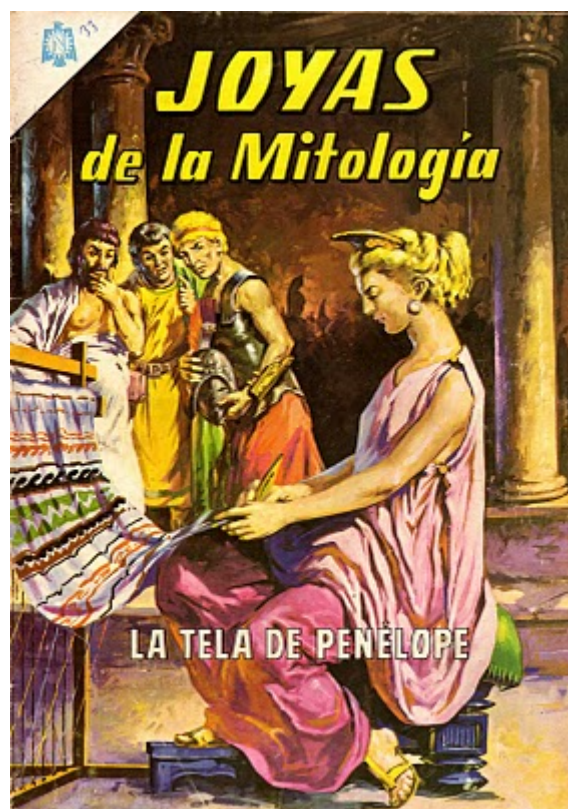
Y entre uno y otro domingo, las “Aventuras” se conectaban a través del continuará. Palabra siempre acompañada por los puntos suspensivos. Allí está otro rasgo de la aventura: el de saber que algo vendrá pero sin poderlo figurar del todo. Una certeza, sí; pero una certeza sin rostro definido. Tiempo de adviento, de lo porvenir. Sé que durante toda la semana esas “Aventuras” del periódico eran esperadas junto con el roscón enorme relleno de guayaba. He ahí otra pista: al lado de las “Aventuras” estaba el placer, el gusto por ese dulce oculto. Porque el mismo roscón entrañaba otro tipo de provocación: afuera estaba el azúcar espolvoreado como nieve; pero adentro, en medio de esa circunferencia de harina, se encontraba abundante y roja la aromática guayaba. Entonces, la escena perfecta consistía en sentarme en uno de los corredores de la casa a comerme despacito el roscón, mientras devoraba con

mis ojos de niño aquellas “Aventuras” del periódico. La idea era que el roscón me durara tanto o que me alcanzara hasta la página final de *Benitín y Eneas*.

Otro aspecto que me parece valioso de esa experiencia de mi niñez está relacionado con el interés o la fascinación que mi padre mostraba por tales páginas. Recuerdo que él me leía en voz alta los textos; me explicaba las viñetas... Cómo le encantaban a mi viejo *Tarzán* y *El Fantasma* (El fantasma que camina). Esos dos héroes que, de paso hay que decirlo, viven sus propias aventuras para que nosotros, a través de la imaginación y los trazos de un dibujante, podamos revivirlas o quizá mejor vivir otro tipo de aventura: la aventura de leer. Decía que esa voz de mi padre era como el contacto con otras aventuras que escuchaba de niño, justo cuando los trabajadores se reunían al lado del posillo de tinto y el humo de los tabacos a contar historias de espantos, de la patasola y el pollo de viento, de la candileja o de esos otros cuentos como “Las altas torres del humo”... La voz de mi padre me ponía en contacto con esos otros mundos, con esas tierras habitadas por seres, ahora lo recuerdo, de cuerpos como bolas y dientes de perro; de esas tierras ignotas en donde sólo el grito y el puñal de *Tarzán* podían generar cierto orden. Como puede verse, la aventura requiere de un iniciador, de alguien que sirva de mentor, de puente entre los mundos; una especie de Caronte (y vaya si mi padre sabía de eso, porque durante muchos años había sido boga en el río de Nuestra señora de la Magdalena, vaya si sabía el viejo de canaletes y atarrayas, de remolinos y canoas, de cantos de sirenas y de subiendas en donde el bocachico, el bagre y el nicuro narraban historias de su llegada tan esperada; porque esa subienda también era otra espera, porque se la aguardaba como si fuera un mesías con aletas y ojos sin párpados...). Eso parece otro elemento fundamental en la aventura: es necesario que alguien sirva de bisagra entre los mundos: un vaso comunicante, el anciano sabio, el lleno de experiencias, el que sabe leer, el que representa a “los mayores”, alguien capaz de mostrarnos otros reinos, mientras se tomaba un chocolate caliente con varias tajadas de pan y una sola del oloroso ponqué “Ramo” (porque el paquete tenía que durar para toda la semana).

Agreguemos a lo anterior otro aspecto que bien puede considerarse un elemento consustancial a la aventura: recuerdo que esas páginas de periódico, a diferencia del resto, yo las guardaba o las metía en un sitio especial; formaban parte de mis haberes de niño. Tal vez ese deseo de coleccionarlas, de tenerlas juntas, además de permitirme volver a ellas una y otra vez, de sacarlas por las tardes, después de jugar largo rato con los perros y los gatos de la casa, después de intentar infructuosamente cuidar el secado del café,

además de releerlas decía, me permitían ir atesorando esos mundos, esos escenarios, esos personajes. Atesorarlas era tanto como participar de aquello que yo trataba de descifrar o de recordar a través de la lectura de mi padre. Siento que en ese deseo de guardar las historias, de hacerlas propias, está presente otro rasgo clave de la aventura. Porque si no hay empatía con ella, porque si no nos involucramos, si no padecemos o nos alegramos con las peripecias del héroe, pues la aventura de por sí no genera transformaciones sustanciales en nosotros. Cada aventura va tallándonos algún aspecto de nuestro ser. La aventura es como un espejo a partir del cual podemos mirarnos y reconocernos; las aventuras son como una herencia, como legados mayúsculos a través de los cuales desarrollamos o afinamos ciertas competencias experienciales, cierta manera de entrar en contacto con lo desconocido. Y porque son valiosas se las atesora, se las guarda en una caja de cartón, al lado de la cauchera predilecta, de la pequeña mochila de color morado; por eso están las aventuras al lado o debajo de nuestra cama, allí, en ese interregno de donde salen o vienen, como si fueran también otra aventura, nuestros sueños.



Y pensándolo mejor, tal deseo de atesorar aventuras fue lo que me llevó, varios años después, ya no en la vereda montañosa y verde de Capira sino en la inmensa Bogotá, a alquilar cuentos. Arriba de donde vivíamos, arriba de donde mi papá trabajaba como almacenista y celador en la fábrica de “Jabones López”, arriba de aquella enorme bodega, en la carrera 27 con calle 11, al lado de una carnicería, un hombre viejo de gruesos anteojos, sacaba del fondo de un local que parecía una casa de cambios, entre otras cosas por disponer de una pequeña ventanilla en medio de una reja que cubría todo el recinto, sacaba u ofrecía montañas de cuentos que yo iba hojeando hasta elegir alguno; recuerdo cómo ante mis ojos de niño desfilaban *Joyas de la mitología*; *Conan el bárbaro*; *Turok*, el guerrero de piedra, *Red Ryder* (y su fiel amigo Castorcito), *Roy Rogers*, o esas otras aventuras que venían impresas en color sepia, de editorial Novaro, de México: *Juan sin miedo* y las aventuras de *El Santo*. Tal vez ese deseo de atesorar aventuras fue el que también me impulsó para coleccionar las estampas del álbum sobre Simón Bolívar. Un álbum hecho a partir de caramelos o figuras (venían entre dos y tres de ellas en un pequeño sobre) que compraba en un humilde granero de la calle 10, cerca de la carrera 24, diagonal al parque de “La pepita”. No he vuelto a sentir ese olor que tenía tal lugar; ni aún cuando mi padre, mucho tiempo después, colocó una tienda en el barrio Quinta Paredes, ni cuando montó ese otro negocio en el barrio Corkidi, ninguno de ellos olía como ese pequeño sitio en el barrio Ricaurte, a donde yo corría para buscar los sobres con las viñetas brillantes de diferentes aspectos de la vida de “El libertador”. Tal vez el deseo de coleccionar y querer completar tales imágenes son, hoy lo comprendo mejor, una marca de mi imaginario personal. De pronto el amor por dichas aventuras fueron amoblando mi devoción por el dibujo y por la fascinación de la imagen. Quizá dibujar, afición que aún hoy mantengo, apenas fuera otra manera de elaborar o producir con mis manos mis propias aventuras...

Hago memoria, y evoco aquí la vuelta a la casa-fábrica, con los cuentos debajo del brazo, corriendo para llegar cuanto antes a devorar aquel manjar de imágenes. Me situaba en mi cama, atrás de un closet que dividía la cama de mis viejos de la mía y allí, en soledad, boca abajo, seguía una a una las peripecias de todos esos héroes. Creo que esta condición de disfrute en soledad es otro de los rasgos de la aventura. O para mirarlo desde otro ángulo, el aventurero es de por sí un ser solitario (acompañado por algunos amigos; ya hablaré luego de ello, de esa dimensión fraterna consustancial a la aventura). Tal es la esencia del héroe: alguien que asume solitariamente el peso de lo desconocido, de lo extraño. Y el niño, quizá en un proceso de identificación inconsciente, asume la saga de sus héroes igualmente en



soledad. Esa lectura de las “Aventuras” demandaba hallar un sitio apartado, un espacio en donde nadie interrumpiera, en donde sólo quedaran el héroe y yo, el niño lector. No cabe duda, la aventura imanta la individualidad, la carga de una energía tan vigorosa como para convocar nuestros deseos infantiles, para hacernos abandonar el seguro hogar, nos invita a explorar, a salir del brazo de nuestra madre. Y afuera, lo sabemos, está el peligro, lo monstruoso, lo prohibido, lo desconocido. Afuera está el riesgo, lo inseguro, la muerte misma. Pero es esa atracción la que nos impulsa a movernos, a desplazarnos, a perdernos entre la maleza o, como lo hacía yo, a irme por debajo de los cafetales, buscando como si fuera un arqueólogo en miniatura, fragmentos de vasijas o artefactos que para mis ojos ya bastaba con verlos para volverlos antiguos. O cuando iba de cacería, buscando pájaros entre los guásimos o los naranjos, o persiguiendo tórtolas o tratando de capturar con mi cauchera algún cardenal o algún azulejo que cada vez saltaba a otra rama que estaba más y más lejos de la casa paterna. Esas aventuras las hacía yo solo, y cuando la noche me obligaba a retornar, cuando volvía sudoroso y, al igual que algún trabajador de esos que traían sobre sus espaldas un bulto de maíz o uno de piña, le pedía a mi madre una taza de limonada, y la bebía hasta agotarla, pasaba luego a contarle a mi vieja esas aventuras que había tenido arriba de la quebrada, como cuando vi a una matagatos, esa serpiente de colores vistosos, devorar completamente a un sapo; y mi madre escuchaba mis relatos mientras seguía atizando el fogón y asando, en un viejo tiesto, las arepas de maíz pelado.

Decía que aunque la aventura esencialmente se vive en soledad, es definitivo contar con algunos amigos que nos acompañen en tales odiseas. En mi caso, esos amigos fueron los animales, particularmente un perro llamado “Talismán”, un perro que tenía cada ojo de un color diferente. Ese animal me acompañaba para donde yo fuera: si tenía que ir a traer agua de la quebrada para llenar la gigante alberca de la casa, allí estaba “Talismán”, delante de mí, jugando a esconderse para asustarme; si tenía que ir a llevarle el almuerzo a mi padre y a los trabajadores que estaban recogiendo café cerca de “Caracolí”, pues “Talismán” iba conmigo; o si iba de explorador o buscador de leña, ese perro me seguía de cerca, como mi propia sombra. “Talismán” también era mi compañero cuando tenía que ir a buscar por las mañanas la leche, bien lejos de la casa, pasando la carretera, abajo, en donde vivía mi tío Cristóbal. Ese animal me daba fuerzas, valor, ese animal era como su nombre: un amuleto mágico para que yo pudiera seguir adelante, para vencer el miedo al ganado cebú que se acostaba a hacer su rumia justo en medio del camino por donde yo debía pasar. Ese animal, ese amigo, también volvía de aquellas aventuras

infantiles, como yo, mojado del rocío de la mañana. Todo parece indicar que aunque la aventura ubica al ser humano en soledad, de igual modo lo abre hacia la dimensión de lo fraterno. Gracias a los otros, a esos otros hermanos de aventura, es que lo imposible nos parece más posible o que el monstruo nos parece menos temible. Lo fraterno engrandece nuestro corazón, da más confianza a nuestras manos, multiplica nuestras fuerzas, nos motiva para no desfallecer; es la compañía cuando la oscuridad o el cansancio supremo terminan por rendirnos. El héroe solitario es el protagonista de la aventura, eso es cierto; pero sus amigos son la fuerza invisible, son como el otro alimento que nutre al vencedor de lo desconocido. Eso fue “Talismán” para mí, y eso era “Diablo” para El Fantasma o “Milú” para Tintín...

